

Un Fantasma

Juan Francisco González Cebada



Capítulo 1

Érase un fantasma que me asustaba por las noches. De tal forma, que no podía dormir. Por lo que ambos vivíamos de noche y reposábamos durante el día. Era un fantasma no etéreo, ni con sábana, como se los suele pintar, sino verde. De un verde sulfuroso que llenaba de espanto. Era gordo de cuerpo, gigantesco diríase. Se movía con torpeza extrema y arrastraba los pies al andar. No tenía cara, ni cabeza, pero tenía ojos en la barriga y una boca enorme en el mismo lugar, llena de dientes. Los brazos eran cortos y fofos, terminando en unas manazas cuyos dedos parecían longanizas. Siempre andaba en pelota y no se le veía la verga, si es que tenía, por los pliegues de su barriga.

Aquel fantasma se aparecía tras la puerta de mi habitación. Llamaba con aquellos dedos como longanizas. Y lo hacía de forma constante e insistente si no iba a abrirle. Cuando le abría la puerta me lo quedaba mirando, paralizado por el horror. Y el fantasma se limitaba a quedarse allí de pie y comiendo como un cerdo. Comía huesos y lamía los tuétanos con aquella enorme y deforme boca llena de dientes. Al mismo tiempo sonreía, con su boca y con sus ojos.

Una noche se coló en mi habitación, caminando con pasos lentos y torpes y arrastrando los pies. Nunca hablaba. Sólo comía y sonreía; sonreía y comía. Chillé que se fuera. Lloré y pataleé. Mas no se iba por más que yo porfiase con él o se lo implorase. Se metió en mi armario y desapareció. Abrí el armario de par en par, por buscarle allí, mas no lo vi por lado alguno. Alguien llamaba, entonces, a la puerta de mi habitación. Me asomé y allí estaba; riendo y comiendo. Y hacía un ruido espantoso al comer y al reír.

Érase un fantasma que no me dejaba dormir. De tal forma, que no podía comer, ya que dormíamos durante el día y vivíamos de noche.

Un día en el que me hallaba meditabundo en un parque, un vecino me preguntó cuál era la causa de mi suspensión, mi extrema palidez y aparente aflicción. A lo que le respondí que la causa era un fantasma que me atormentaba cada noche. "¿Y cómo toleráis a esa fantasma?", me preguntó. "Es que no podemos pasar ya el uno sin el otro", respondí yo, apesadumbrado.

Y así, me consumía. Y el gordo fantasma, cada noche se aparecía comiendo y riendo en mi habitación. Yo ya le dejaba pan y galletas en la puerta, porque no me atormentase. Y así, cada noche el comía y reía, pero no me molestaba. Empero, yo tampoco dormía, pues me alegraba verle comer.

Érase un fantasma que no podía comer. De tal forma, que no podía dormir. Se fue consumiendo. Y así, se empequeñeció y una noche desapareció. Y, aunque yo pude volver a dormir y a comer, me sentí vacío, por la pérdida de aquel amigo que por las noches me molestaba.